

visperas del teatro electoral francés

# GAÑE O PIERDA DE GAULLE EL DEGAULLISMO HA MUERTO

Por **EDUARDO HARO TEGLEN**

ES inútil pensarlo y repensarlo, porque se llega siempre a la misma conclusión: las elecciones francesas no tienen más objeto ni más tema que este anciano enorme y fascinante que se llama Charles de Gaulle. Se trata para unos de ensalzarle, para otros de abatirlo. El interés de esta elección está en que presenta las características esenciales de una obra dramática, de una pieza de teatro —quizá de las llamadas «de figurón»— en la que vemos como un protagonista altivo, sereno y firme recibe sin pestañear los ataques de una serie de antagonistas menores, que lo son también entre sí. La inevitable mentalidad de espectador de teatro que todo hombre lleva en sí ve por instinto dos desenlaces posibles en este tercer acto en cuya víspera estamos: en uno de ellos, los antagonistas destrozan la figura del protagonista para inmediatamente destrozarse ellos entre sí; y sobre el caos, las ruinas, el desastre producido, alguien comienza a recordar y a lamentar, a sentir la nostalgia del héroe vencido. Prácticamente el escenario está escrito en una canción que canta estos días Gilbert Becaud, que se llama «La Voix» y que comienza con la frase de timbal con que la BBC de Londres iniciaba sus emisiones —una frase de la «Quinta» de Beethoven que simboliza al «hombre llamando a las puertas de la eternidad»— para recordar a los franceses la voz del general de Gaulle hablándoles desde Londres durante los sombríos años de la ocupación alemana y para explicarles que cuando esa voz desapareciera, lo lamentarán, «Tu le regretteras», dice el estribillo para recordar a los franceses que un voto adverso el domingo puede significar el arrepentimiento para toda **SIGUE**



La propaganda política cubre las vallas publicitarias de Francia. Sobre un cartel gigante, en el que se invita a comer pollo en todas las estaciones del año, la efigie del general de Gaulle, respaldada por la bandera nacional, invita a los franceses a votarlo en las próximas elecciones del 5 de diciembre.

su vida. El otro final posible de la tragedia es un «happy end», un final feliz: el anciano solitario y poderoso vence en la lucha a los pretendientes malsanos y, como un San Jorge, después de haber salvado a la pequeña y asustada «Marianne» —la Francia eterna— se aleja hacia nuevas aventuras. Si la textura, la composición de la obra es esa, su tesis es esta otra: la batalla entre el hombre histórico y los hombres políticos; esto es, entre aquel que es capaz de sintetizar el pasado y contemplar el porvenir de un solo vistazo fecundo, considerando el presente como un simple tránsito, y los hombrecillos políticos vivaqueando sobre el terreno, aspirando a poderes pequeños, repletos de ambiciones y deseos personales. Es, en fin, Ulises-de Gaulle en su palacio, donde Penélope-Marianne teje y desteje su tapiz en la larga espera de la fidelidad, Ulises-de Gaulle tensando como nadie lo puede hacer el arco rudo del combate y volviendo las flechas del

concurso —la elecciones— contra los pretendientes.

Naturalmente, todo esto es falso. La situación real en que se desenvuelve Francia, Europa, Occidente, el Mundo, es algo muy distinto de una lineal tragedia griega. Esta apasionante situación teatral se caracteriza porque es un mito construido por el propio de Gaulle —autor y protagonista— utilizando todos los recursos literarios a su alcance, desde la historia inmediata de la liberación hasta hoy, construyéndose el papel a su medida, empleando una hábil dosificación de silencios y discursos, jugando con los medios hipnóticos de la televisión, la radio y el cine, con la magia verbal de los grandes escritores a su servicio que son Malraux y Mauriac —y algunos menores— hasta llegar a producir esta falaz situación única; y conduciendo a los espectadores a la idea de que ellos pueden decidir el final de la obra, escoger entre la catástrofe (que les envolverá a ellos

mismos) y el resurgimiento (del que serán creadores y beneficiarios). No es así, no es así. Un simple argumento de crítica teatral destroza el esqueleto de la obra: el personaje no es inmortal, como los dioses griegos; Francia ha existido durante milenios sin sentir a de Gaulle, y la desaparición de éste es históricamente inminente, cosa que no ocurre con la vida de la nación, que es históricamente infinita. El problema de esta obra es que el telón se levantó en la prehistoria y no caerá jamás; todo este episodio electoral no representa más que apenas unos segundos en la representación total. No hay que olvidar que todo personaje histórico fue antes un político; fue, en su tiempo, un político. Con todas las debilidades, flaquezas, contradicciones, astucias, trucos y maniobras que requiere la función política. Lo fue Julio César, como lo fue Darío, como lo fue Hitler, Catalina la Grande o Napoleón. Como lo es, finalmente, de Gaulle que, a base de política, se abrió su difícil camino entre Churchill, Stalin y Roosevelt y a base de política dio la vuelta al motín del 13 de mayo, y a la guerra de Argelia; y a base de política estrictamente, sin ninguna baza de fuerza en sus manos, sin ninguna gran potencia económica ni militar tras él, juega con una habilidad enorme las posibilidades internacionales de Francia. De Gaulle no es una fuerza de destino como Juana de Arco o como el Cid; es un político como Nasser o como Tshombe. Todo este montaje de ahora, esta sensación, esta impresión que forma el esquema «De Gaulle o el caos» no es más que un maravilloso espejismo político. Una sencilla frase de uno de los candidatos de la oposición, no recuerdo ahora cuál, tiene más valor real que todo el laberinto de espejos construido por de Gaulle: «¿Confiaría usted sus intereses durante siete años a su abuelo de setenta y cinco?», pregunta a los electores. He dicho que esto lo pregunta uno de los candidatos, «no recuerdo cuál», y esto es profundamente revelador: lo que dicen, lo que hacen los otros candidatos se olvida, se mezcla, se despersonaliza. Pero cada palabra o cada acto de de Gaulle se recuerda, se queda grabado, se amplía y no sólo por los medios de difusión a su alcance sino por su estilo, por su individualidad propia. De Gaulle, por ejemplo, advierte que no descenderá a las arenas para participar en la campaña electoral porque él es lo suficientemente conocido como para tener que presentarse ahora; y esta frase es admirablemente publicitaria. Sin embargo, nadie se detiene a pensar que todo lo que está ocurriendo en estos momentos es campaña electoral del candidato de Gaulle. El hecho de que el disparo al cielo del primer satélite francés desde el polígono del Sahara se haga en vísperas electorales es campaña; lo es el entusiasta comunicado de las conversaciones franco-soviéticas conducidas en Moscú por Couve de Murville. Las conversaciones no eran tan necesarias como para celebrarlas en ese momento, el satélite podía haberse colocado en órbita mucho antes; pero todo se ha reservado para las vísperas electorales.

Adviértase que con todo esto no pretendo minimizar la personalidad de de Gaulle, sino todo lo contrario. Si yo fuese francés me inclinaría fácilmente a votar por de Gaulle, considerando su carrera estrictamente política mientras que sin ninguna duda le negaría

mi voto si me lo solicitase de los mitos habituales como «El caos o yo», o como «De Gaulle es Francia, Francia es Europa, Europa es la Cristiandad». De este tipo de mitos hay que desconfiar siempre. En este momento, precisamente, una gran parte de los tópicos se han ido al garete. La campaña electoral ha tenido, si no muchos, algunos efectos. Por los aparatos de radio y por los televisores ha entrado en los hogares franceses, por primera vez después de siete años, la voz de la oposición: ha sido un shock. Un periódico francés describe esa sensación: «Es como si, por un incidente técnico o, peor, por una revolución, la radio y la televisión del Estado hubiese caído en manos de peligrosos rebeldes». Esta cesión reglamentaria de programas a los candidatos de la oposición está también pensada por de Gaulle, sin duda, como una baza a su favor: en un público conservador, en un público acostumbrado al «todo va por lo mejor en el mejor de los mundos posibles», como escribía Voltaire en «Candide», la irrupción de los «peligrosos rebeldes» comienza por crearle una sensación de inseguridad y de incomodidad. Esta es la teoría. En la práctica no resulta del todo así. La ruptura del silencio y la reaparición de la política ha interesado a muchos de los que estaban sumergidos en el limbo. Como escribía «Le Monde» hace unos

días, esta campaña electoral puede no tener resultados en las urnas, pero al menos habrá servido para crear un saludable efecto de desintoxicación y de desmitificación. Las más recientes cifras de auscultación de la opinión pública confirman que desde el principio de la campaña ha descendido el nivel de adhesión al presidente de Gaulle, y aunque estas cifras varían según su fuente puede decirse que el descenso se sitúa entre un seis y un doce por ciento con respecto a las fechas anteriores a la apertura de la campaña: descenso de todas formas insuficiente para cambiar el resultado electoral. Si es que estas cifras tienen algún valor real.

Pero forzosamente hay que desprenderse del sofisma de «De Gaulle frente a la historia» o de «el hombre histórico frente a los hombres políticos» para aplicarse a la pura realidad electoral. Existen seis candidatos y uno de ellos es de Gaulle. El votante ha de elegir entre él o uno de los otros. Los otros asoman su rostro a la televisión, ceden su voz a la radio, se presentan en los mítines, se inmovilizan en las páginas de las revistas y de los periódicos. El elector trata de identificar al que puede ser «el suyo». No le es fácil encontrarlo.

Se ve a Mitterrand en la televisión y se descubre un joven nervioso, inteligente, inseguro. Es el que más posibilidades tiene de derribar a de Gaulle por la coalición de parti-

## EL DEGAULLISMO

dos que le apoya, por la vaga ilusión de volver a crear una izquierda en un país donde hace diecisiete años que la izquierda no existe; su pasado de combatiente, resistente y ministro le ayuda en unos puntos, le perjudica en otros —ha estado envuelto en dos escándalos que probablemente eran dos calumnias, pero «algo queda»—. Puede prescindirse del pasado. En el presente ofrece un programa sólido, concreto. Pero su estilo oratorio le hace un poco «cuarta República». La Cuarta República ha sido desprestigiada abundantemente por el nuevo régimen, y se ha creado un mito que la equipara al caos. Lo cual no es históricamente cierto. La IV República produjo un impresionante tren de leyes sociales y de protección a la familia, consiguió la nacionalización de las hullas, del gas, de la electricidad, de grandes empresas bancarias y de seguros, saldó la costosa e inútil guerra de Indochina, creó el «Plan Monnet», que comenzó la auténtica integración de la industria, la agricultura y los sindicatos franceses, y la sensación de desorden político que produjo estaba realmente creada por los enemigos de la República y del régimen de partidos, hasta desembocar

SIGUE



Mitterrand ha realizado su campaña electoral por las zonas rurales utilizando un helicóptero. Aquí se le ve con un campesino, al que trata de convencer.



Arriba, Pierre Marcellhac. Por su talla —sobrepasa los dos metros— es el más serio contrincante de de Gaulle. Representa al liberalismo de derechas. Abajo, Tixier-Vignancourt, el hombre de la extrema derecha combatiente, el defensor de Salan ante la justicia, después del fracaso de la rebelión de la O. A. S. en Argelia.



en la serie de insurrecciones militares amparadas en la guerra de Argelia. Pero lo cierto es que con justicia o sin ella la IV República está por ahora maldita —hasta que algún historiador del futuro la desempolva y la examine— y evocarla es algo que no se atreven a hacer ni sus protagonistas porque el mito «anti IV República» está firmemente arraigado. Mitterrand es un «cuarta república» y ese tufllo se desprende de sus intervenciones oratorias. Es muy posible que si el grupo Mitterrand-Mendes France hubiese elegido la reivindicación histórica de la IV República y del régimen de partidos abiertamente hubiesen tenido mejor resultado que tratando de disimular ese olor de pasado que siempre trascenderá de ellos.

Tixier-Vignancourt, el abogado de extrema derecha, antiguo defensor de colaboracionistas y de la OAS, tiene ya ese pasado en contra suya, más su declarada adhesión continua a los Estados Unidos. El temario antiamericano lleva muchos años —desde el final de la guerra, desde que creyeron que la ocupación alemana se veía simplemente sustituida por una ocupación americana— arraigado en el pueblo francés. De Gaulle le ha dado forma política. Lo ha revelado, lo ha adoptado. Vuelvo a insistir en que sin la IV República, sin que el Plan Monnet hubiese podido sustituir al Plan Marshall, de Gaulle hubiese tenido mayores dificultades en lograr esta independencia. Pero proclamarse ahora pro-americano es un suicidio. Tixier-Vignancourt ha utilizado, más que programas políticos, temas de fácil demagogia. Por ejemplo, el relato de cómo uno de sus clientes, un «*piéd noir*», fue condenado a muerte y ejecutado sin que él, su abogado, pudiera ser recibido por el Presidente de la República —el enemigo, de Gaulle— para pedir el indulto. Ha dibujado un panorama sombrío de Francia: ancianas viudas muertas de frío, niños comidos por las ratas en los suburbios, gentes que se suicidan porque el pago de sus impuestos les arruina... Tixier-Vignancourt era más que un político, un abogado informado ante el Tribunal; mejor aún, un fiscal acusando. La televisión recogía mal sus gestos ampulosos. Pero se le veía incómodo bajo los reflectores, inquieto por las cámaras.

Es curioso ver cómo cada uno se produce con la deformación que le es propia en la vida. Mitterrand como un político de un régimen pasado, Tixier como un penalista. Marcihacy hablaba en padre de familia y el joven Lecanuet —cuarenta y cinco años— del rejuvenecimiento de Francia. Estos dos candidatos tienen que luchar contra algo espantoso: nadie les conoce, nadie sabe quiénes son, y deben comenzar por describirse. Vagamente han elegido parecerse a alguien. Pierre Marcihacy tiene un gran parecido con el presidente Johnson, y elige hablar como Johnson —que a su vez eligió hablar como Roosevelt, en sus «charlas junto al fuego»— pensando en el padre de familia, en el ama de casa. Resulta simpático, pero amorfo. La elección de identidad de Lecanuet se fija, por su relativa juventud, en Kennedy y prácticamente habla de la «nueva frontera», del rejuvenecimiento del país, de la construcción



Jean Lecanuet es el candidato del centrismo católico y europeísta. Su candidatura puede arrebatar muchos votos a De Gaulle, restándole fuerzas para resistir el choque con Mitterrand, el líder izquierdista.

de un porvenir «armonioso y sólido» que se separe definitivamente, por una línea bien trazada —nueva frontera— del pasado que ya se superó y la incertidumbre aventurera del momento actual. Ambos son poco convincentes en la interpretación de sus papeles y dejan ver demasiado la identidad de sus modelos.

El paroxismo del anónimo alcanza de lleno



Marcel Barbu es lo que pudiera llamarse un «hombre de provincias»; propietario, paternalista, rescionario. Tiene once hijos. Carece de toda fuerza.

al pobre Marcel Barbu, aparecido a última hora, a punto de cerrarse el plazo de presentación de candidaturas. Desde su nombre —Barbu: barbudo— hasta su apariencia y su torpeza lingüística, todo está contra él. El antiguo relojero —más bien constructor de cajas de relojes— apareció como un simple propagandista de su propia industria, ansioso de notoriedad; como un excéntrico. Después de registrado su programa de televisión, pidió a los técnicos que conservasen la banda de sonido para pasarla después en el programa de radio y evitarse así tener que inventar otro discurso. Barbu está fuera de juego. Tendrá bastantes —relativamente, claro— votantes: los de los burlones desencantados que le votarán para demostrar que cualquiera de las opciones es igual y que en el fondo es mejor un pobre hombre que un profesional.

El panorama es pobre. Prácticamente, deja solos, frente a frente, a Mitterrand y a de Gaulle. O a la inversa. Los otros pretendientes no servirán más que para quitar votos a uno o a otro, para modificar de una manera indirecta la balanza electoral entre los dos grandes adversarios. Creo haber dicho ya en ocasión anterior, y lo repito y lo ratifico ahora, que el pacto de la izquierda es demasiado precario, demasiado de última hora; que está repleto de reservas, de inseguridades de programa. Y que el propio de Gaulle ha «robado» su política a la izquierda enfrentándose a los Estados Unidos, inclinándose hacia China, la URSS y otros países comunistas de forma que no se hubiese atrevido a hacer un Mitterrand aprisionado por los compromisos entre las fuerzas dispares que ha querido aunar. La izquierda francesa no ha conseguido todavía cohesionarse, unirse; probablemente su mejor aglutinante haya sido, sin que- **SIGUE**



**yo... Valdespino**

...yo, coñac  
Valdespino,  
porque es un coñac  
de calidad.  
Coñac Valdespino:  
¡tiene edad!

Balena, S. A.



**UNA MARCA  
DE SOLERA**

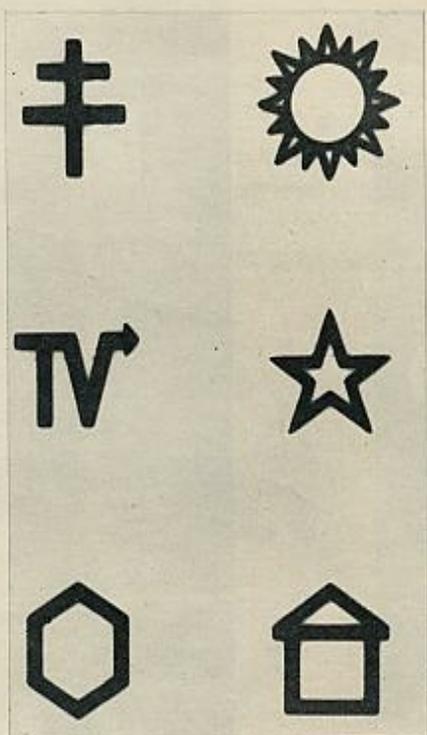
## EL DEGAULLISMO

erlo, de Gaulle al levantar el tabú anticomunista en sus relaciones internacionales; pero este tabú no ha terminado aún de levantarse en el interior del país, y el débil pacto de Mitterrand con el partido comunista no acaba de definir el final del aislamiento de ese partido, sin el cual la izquierda no puede ser una realidad actual. Y por eso tiene aspecto de realidad pasada, de realidad IV República.

Creo en estas vísperas electorales que de Gaulle va a ganar con cierta facilidad; lo peor que puede ocurrirle es que no alcance la mayoría absoluta en el primer turno y tenga que esperar al segundo, que se celebraría en ese caso el domingo 12 de diciembre. Esta creencia puede estar moderada por una frase que se dice comúnmente en Francia y que en varias ocasiones ha resultado bastante exacta: que de un francés puede saberse todo excepto el dinero que tiene y la forma en la que va a votar. Puede ocurrir que este celo de clandestinidad con que el francés oculta su voto, con el que finge una cosa cuando va a hacer otra, produzca una sorpresa a la hora del recuento de los votos. Es una última reserva que hay que tener.

Pero creo también que hay pocas posibilidades de que se produzca esa sorpresa y que el interés de las elecciones hay que considerarlo desde otro punto de vista: el del futuro inmediato, el del panorama político que pueda producirse en ellas. Es muy posible que esta nueva izquierda recién nacida se concentre, se apriete, se ciña a sí misma tras un fracaso electoral; se prepare para el momento en que de Gaulle desaparezca, biológica o políticamente; y es posible también que la derecha se reforme en un sentido similar. Las maniobras electorales del general han hecho ver claramente algo que muchos ya sabíamos: que no hay posibilidad de degaullismo sin la existencia y la presencia de de Gaulle, y que cualquiera de sus delfines —Pompidou, Debrés o como puedan llamarse— carecen de personalidad para sustituirle a él en su propia política. Gane o pierda de Gaulle, el degaullismo morirá el cinco de diciembre, muerto por su propio fundador, en ese sentido apuntado: en que no tiene sucesión posible y empieza y acaba con de Gaulle. Sobre esta muerte del degaullismo y sobre la fisonomía política que se pueda descubrir en las elecciones, derecha e izquierda tendrán que aprender sus lecciones para el futuro y prepararse para algo para lo que no estaban preparadas aún cuando estas elecciones han llegado, a pesar de que se veía venir el plazo a fecha fija: para ocupar el vacío creado por de Gaulle en torno suyo y dejado por él cuando venga a desaparecer.

E. H. T.



Estos símbolos, uno para cada uno de los candidatos, serán utilizados en los territorios franceses de ultramar para que puedan votar los analfabetos. De izquierda a derecha y de arriba abajo: de Gaulle, Mitterrand, Tixier-Vignancourt, Lecanuet, Marclhacy y Barbu. La democracia y sus claves.

# calor urgente para su "toast" crujiente

Rápida  
producción  
de  
tostadas  
"todo tamaño"  
con  
Tostador  
Braun.  
Tostador Braun  
incluido por  
el Museo de Arte  
Moderno de  
Nueva York, entre  
los aparatos  
más bellos  
del mundo.

**P. V. P. 850**  
Impuestos incluidos  
un año de garantía

